

Cita a ciegas

Luz Elida Vera Hernández

Directora Editorial UNIMAR

Tercer puesto

El tiempo se detuvo para acariciar la grandeza del amor; mi mente perseguía su mirada aun en la oscuridad de aquel callejón; mis manos presurosas lo ataban, mientras mis piernas trataban de forjar raíces que sostuvieran el nerviosismo de mi flácido cuerpo.

Era él; lo sabía, y cada aleteo nos unía en un camino imprevisto pero lleno de fortaleza; mi ser sentía la calidez, la confianza de un horizonte veranero. De repente, sentí que sus labios se apartaban lentamente, me abandonaban y aquel momento de ensueño empezaba a dirigirme hacia lo inesperado. Abrí los ojos y miré alrededor; la espesura de aquel lugar abría camino entre las sombras a una figura de mujer; se aproximaba lentamente, cada vez más ondeante. En pocos segundos estábamos frente a frente. Era una esbelta mujer, vestida de niebla, de sosiego, de un misterio frívolo que no me era indiferente y, con una mirada supe que la lucha que se desplegaba entre nosotras en ese momento, era significativa. Retrocedí, esperando que aquella mano corroída por el frío, en un arrebato presuroso buscara la mía y que, si la conocía, renunciara a ella y yo me convirtiera en su único aliento.

Ella se acercaba sigilosamente, mientras mi corazón parecía detenerse y él, estaba tan aturdido, tan tieso, tan frío, que parecía haber abandonado aquel espacio. Callé; me dediqué a observar aquel gesto y dejé que todo sucediera; pasaron segundos de un silencio inclemente y, súbitamente, un auto apareció de la nada; el conductor a bordo se detuvo bruscamente frente a mí, me agarró fuerte de la mano, violentando mi espacio en aquel lugar, dejando a un lado ese sentimiento amoroso y confuso que logró envolverme en torbellinos de mariposas ondeantes y libres. Él no dijo nada; solo inclinó su cabeza al costado del hombro derecho de aquella dama y me regaló una mirada confusa que no pude descifrar.

Mientras el auto arrancaba presuroso, pude observar cómo la niebla y la oscuridad los consumían por igual; aquella dama oscura se quedaba con mi ilusión y yo sentía cómo se desgarraba mi alma... fijé mi mirada al frente y solo pude susurrar: ¿por qué te alejas de esa manera? – “Te dije que pronto nos marcharíamos”, y el conductor continuó hablando... Entretanto, mi mente divagaba en un sinfín de posibilidades que entrañaba aquella situación, al tiempo que trataba de descifrar cómo se puede encontrar el amor en un instante y perderlo al siguiente; entonces, abrí la puerta del auto en movimiento y el conductor frenó de prisa; emprendí la huida; siempre escuché que las personas hacen locuras por amor; fue allí cuando me cuestioné si este era el mejor momento para hacerlo.

Las pocas luces de la ciudad abandonaron el lugar; mi carrera en el tiempo no me permitió percibir lo que pasaba alrededor. Corrí hacia su encuentro y, la poca razón que me acompañaba, desaparecía; todo era un círculo de una panorámica que se repetía y, de repente, en la lejanía estaba él, caminando junto a ella, sin prisa, sin temor, sin preocupación alguna. ¿Acaso me había olvidado? Entonces sentí el impulso reiterativo de mi pecho, cual pájaro enjaulado que desconoce el rumbo de su destino. Descubrí que me pesaba el corazón; ya no sentía su latir; mis pies caminaban atraídos detrás de ellos como un potente imán que, aunque lucha por sí mismo, no se puede desmagnetizar; me hundía en la espesura de aquella oscuridad; quise gritar y ya no escuchaba mi voz; quise retroceder, y ya no era dueña de mi cuerpo; fue ahí cuando entendí que este era otro transitar. El silencio llegó y mi mente se enfocaba en una sola ruta que pronto se convirtió en una luz tenue que apenas permitía plantar la mirada en un camino sin final. En los últimos segundos de lucidez pude observar cómo sus pies se despegaben del suelo; jamás la vi caminar; solo se sostenía en el aire, como una diosa. Él extendió su mano y encontró la mía; ahora éramos tres; yo caminaba plácidamente junto a él; ella nunca se opuso y caminaba orgullosa con la mirada engrandecida, mientras yo los acompañaba y mi corazón asentía que, a veces, se debe seguir el amor, aunque te lleve lejos de casa.

Horizontes Literario